

Este último golpe, me acoquinó, y casi me decidió á renunciar la herencia y dejarlo todo al cuidado de Dn. Alejandro Troncoso, y retirarme con mi capital de cuatro mil duros, que me quedaban despues de los gastos que tube que hacer.

Habia hecho amistades intimas, en Alvarado, con dos jóvenes alemanes, de mi edad, que con un tío de ellos representaban una opulenta compañía de comercio de Alemania. Su principal comercio consistia en ferreteria y las negociaciones de minas, que principiaron á explotar algunas en Guanajuato. No sabian palabra de Español y poco de francés. Se veian perdidos continuamente para hacerse entender en su escritorio, y contestar á tantas cartas como recibian del interior de Méjico. Por algun tiempo les despaché bastante correspondencia, pero cuando tube que marchar á Orizaba y me metí en pleitos, hube de abandonarlos. Muchas veces se empeñaron á que me asociase á la casa, ofreciéndome cuatro mil pesos anuales por llevar la correspondencia con los diferentes puntos de Méjico, y las cuentas y libros por el sistema de partido doble; ademas de darme habitacion, comida á su mesa y todos los gastos de labado de ropa. Eran ademas mis parroquianos de vino de Burdeos, que me hacian mucho consumo. Fui, pues, á verlos en mi afflictivo estado, y contarles lo que me pasaba, y el tío que era hombre muy entendido en negocios y sabia la jurisprudencia mercantil, me dijo que estaba metido en un asunto muy desagradable, por la mala fé de mi primo, la codicia de los acredores y la peor de los deudores, que se aprovechaban del triste estado en que se ponian los negocios para los habitantes españoles en Méjico, que acabarian por sér espulsados del territorio. Me aconsejaba que lo abandonase todo, y admitiese la proposicion que se me habia hecho antes de quedarme en la Casa, con ellos, buscando tranquilidad, y evitaria mil pesadumbres que me atraerian los pleitos. Les respondí que lo consultaria con mi compañero Troncoso porque estaba por medio mi hermana que era la heredera de mi tío juntamente conmigo.

Retirado de la Casa de los alemanes, fui á verme con Troncoso, que le encontré en compañía del Licenciado Sainz Castellanos, que se hicieron muy amigos de resultas de la asesoria del Alcalde. Les manifeste el paso que habia dado con

mis amigos los alemanes, y la proposicion que me hacian: que estaba casi decidido á aceptarla, porque veia la ruina de la Testamentaria, por el nuevo pleito que nos suscitaba la Casa de Terán de Méjico. El Licdo. Castellanos, como buen abogado, me dijo que era el mayor desatino el que pensaba hacer, de renunciar la herencia, y ponerme á sueldo de una casa estrangera. Que el negocio no estaba en tan desesperado estado como yo le creía, segun mi imaginacion exaltada. Que se hiciese frente á la demanda del Sr. Terán, que debia acreditar su crédito. Que mi presencia era indispensable al Tribunal de Jalapa, para atender á la defensa de los dos pleitos. Lo mismo me dijo Troncoso, conjurándome en obsequio de los intereses de mi hermana, y que de ninguna manera me debia desentender del asunto, por mil consideraciones, y sobre todo dejándole á él, que era anciano, por blanco, en circunstancias tan graves. Esta última consideracion me obligó á inclinarme á sus deseos y se decidió mi partida á Jalapa, con una nota de instrucciones que me estendió el amigo y paisano, el abogado Castellanos.

En aquellos dias regresó el agradecido Sanabria de buelta de la espedicion de Orizaba. Los efectos, que no se vendieron los depositó en el Almacen de vino y el dinero lo entregó á Casa de Troncoso, con una cuenta muy esacta. Sanabria quedó al cuidado del almacen de vinos y de la Sederia.

Dispuse mi viaje para Jalapa y parti en *Litera*, que era la primera vez de mi vida, que usé de semejante veiculo para viajar, el mas cómodo que se ha inventado, nunca por los hombres.

En Jalapa, estuve mes y medio tratando con abogados, procuradores y demás gente de la Curia. Al cabo de este tiempo, el tribunal, compuesto de un abogado y dos hombres honrados, falló el pleito á favor de mi primo Berroa. Se rebocó el auto asesorado del Alcalde de Alvarado, mandando que se le devolviesen todos los géneros de que se le habian despojado, siempre que Berroa diese una fianza á *satisfaccion* de los albaceas del difunto Ibarгойen. Se impuso una multa de doscientos pesos al Alcalde de Alvarado; y al licenciado Sainz Castellanos se le impusieron seis meses de suspension de la abogacia por su dictámen asesorado. De hecho habia ganado el pleito la testamentaria.

Regresé á Alvarado y tuve que pagar la multa del Alcalde,

y hechar sobre mis costillas al pobre asesor, privado del ejercicio de la abogacía.

En tal ocasion se recibió en Alvarado la noticia de la Capitulacion del Castillo de San Juan de Ulúa. Todo el mundo trató de regresar á Veracruz. Estaba muy cerca y se iba embarcado por mar en pocas horas en unos grandes lanchones. Troncoso alquiló tres y ayudado de Sanabria embarcamos, cuanto contenian los almacenes y los pertenecientes á Troncoso, y fuimos Sanabria, Troncoso y su familia y yo, en una de las lanchas, y llegamos en pocas horas con toda felicidad á Veracruz. Sanabria y yo fuimos á hospedarnos á la Casa del Catalan Don Angel Anglada, por unos cuatro dias.

En el siguiente, se desembarcaron todos los efectos, que se colocaron en los grandes almacenes de la casa de Troncoso. A mí me proporcionó un caseron desahitado que daba á la playa, que se conocia con el nombre de la *Casa de Vergara*, perteneciente á una amiga suya, que la heredó de su marido, el comerciante Vergara. Colocamos Sanabria y yo, los Catres, Sillas y demas menage que tragimos de Alvarado, y estabamos lo menos mal posible, en aquel caseron, que parecia un cuartel abandonado.

Estabamos en el año de 1826. Remigio Sanabria, no me hacia ya falta, y aunque me era gravoso, no le podia abandonar, por haber sido un hombre tan fiel y útil.

El Coronel Vázquez y los Coroneles Portillas, aparecieron tambien por Veracruz, y fueron á verme á mi Palacio de Vergara. Se admiraron de verme en aquel caseron, tan destartado y lejano del centro. Me digeron el mucho y buen efecto que habia causado en la opinion pública el artículo suelto de Vázquez, impreso en Alvarado. Sobre todo en Méjico habia surtido el mejor efecto, habiéndose restablecido en la opinion pública su buen concepto. Me enseñó las felicitaciones del Presidente Victoria, de los Generales Bravo, Guerrero, Lobato & y de muchos otros que le escribian de Méjico, Guadalajara, Oaxaca y otros puntos. Las reflexiones que habian hecho los redactores del *Sol* de Méjico, y demas periodicos.

El Coronel Portilla, mayor, me dijo: «¿Sabe vd. que vamos á publicar un periódico en Veracruz, con el título de *El Veracruzano Libre?*» Les felicité y deseé la mayor prosperidad. «Ahí tiene un periodico, como si fuese suyo y sus columnas

abiertas; para cuanto quiera vd. escribir, en él.» Le di las gracias, y que desde luego me contaran por uno de los suscritores. Que en cuanto á escribir, no estaba mi ánimo para escribir en medio de lo muy desazonado que me tenian los pleitos que me habian puesto; y les referi lo que pasaba. Me ofreciero su apoyo para cuanto se me ofreciese.

Le dije á Portilla: «¿Sabe vd. que Ceruti y Castillo están ya en Veracruz? ¿Y sabe vd. mas, que van á seguir publicando el Mercurio que imprimian en Alvarado, sostenido por las subscripciones de los comerciantes españoles?» «¿No sabe vd. más que eso? me repuso Portilla: Pues conviene que sepa, que el *Mercurio*, es un periodico subencionado por *Poinsset* enviado de los Estados Unidos: es un periodico yorkino, para promover la espulsion de los comerciantes y propietarios Españoles del territorio de la república, y substituir la influencia del pueblo Yanki. Castillo es un agente secreto de Poinsset, afiliado en las banderas y rito de la Sociedad secreta de Yorkinos, de que es gran maestro el mismo Poinsset, y está convenido, que andando el tiempo, y muy corto, el mismo Poinsset influirá con todo su poder, para elevar á Castillo al Ministerio de Estado.» «Nada he sabido, de cuanto me ha dicho vd. porque estoy ocupado en mis pleitos, vinos y sedería.»

Pregunté al Coronel Vázquez, cuándo pensaba regresar á su hacienda, y me respondió: «dentro de doce ó quince dias.» «¿Porqué me lo pregunta vd.?» «Para que Sanabria pueda marchar con vd. segun se lo prometí. Ahora no tiene nada que hacer á mi lado, y es muy justo que vaya al campo á tomar los aires y divertirse.» «Tiene vd. razon, se me habia olvidado la súplica que le hice en Alvarado. Yo vendré por aquí antes de marcharme, tres ó cuatro dias antes.» Se despidieron y marcharon á la ciudad.

Aparecieron casi al mismo tiempo en Veracruz, los periódicos politicos, el *Veracruzano libre*, y el *Mercurio*, sin color marcado por de pronto. El primero, lo redactaba el coronel Portilla, un abogado habanero, un fraile mercenario de cortos alcances, y un abogado jóven Mejicano. El *Mercurio* lo escribian el español emigrado D. Ramon Ceruti y el mejicano Castillo, recién llegado de Londres, de ser educado en un colegio. Ambos periódicos eran inofensivos en un principio; se ocupaban únicamente de asuntos mercantiles, copiando las

noticias políticas de los periódicos de Méjico, y las extranjeras de los periódicos Ingleses, franceses y los Estados Unidos. Comenzaron los papeles de Méjico, á encrespase, y el Aguila y el Federal principiaron á manifestar hipocritamente, las tendencias ó miras del enviado de los Estados Unidos Poinssset. Salió el *Sol* á la defensa del partido moderado, del Clero, los hacendados y cuanto habia de racional en la república. Se acalararon las cuestiones políticas, se subdividieron los partidos, y el de los Yorkinos principió á tener preponderancia. Por toda la república se fueron estendiendo las logias secretas del rito de York; Veracruz tuvo la suya, y era individuo de ella el español Ceruti, Castillo, el Coronel habanero Castrillon y bastante oficialidad de aquella guarnicion. El *Mercurio*, pasó á ser el periódico oficial Yorkino. El Coronel Santana, encerrado en su hacienda de Manga de clavo, se mantuvo á la capa, sin manifestarse partidario de ninguno de los dos partidos, moderado y Yorkino. Al contrario, el General Gómez de Pedraza, era el principal campeón del partido moderado.

En medio de esta lucha de los periódicos, fue de encuentro, el cuerpo que quedó enfermo, realizada la independencia. Este cuerpo enfermo, eran los Españoles comerciantes y hacendados que habian quedado en la república, al frente de sus familias y las inmensas riquezas que poseian. Naturalmente, se acogieron bajo la proteccion y amparo del partido moderado; y las mejores plumas, que estaban consagradas á escribir el periodico *El Sol*, eran de literatos españoles.

Poinssset, tenia sumo interés en aniquilar y espulsar de la república á los ricos é industriosos españoles: este elemento de riqueza pública, aderido al partido moderado mejicano, porque de esta manera enflaquecia al moderado que le hacia sombra, y robustecia al Yorkino. Además, entraba en sus planes de espulsion, el de los españoles y el que el pueblo de la América del Norte les substituye apoderándose del comercio *al por menor*, de que eran dueños absolutos en todos los pueblos de la república, los españoles, bajo el nombre de *pulperos*, ó tenderos de aceite y vinagre.

Esle plan era una viva imágen é imitacion del que siguió Felipe 3º en la espulsion de los morismos españoles, incluyendo en dicha medida antipolítica y ruïnosa, á todos los judíos que habia en España, que eran muchos y muy ricos,

que con sus fortunas pasaron á Inglaterra, Francia, Portugal, Italia y hasta el Oriente, para enriquecer aquellos países, dejando empobrecida á España, con la estraccion de tanto numerario como se llevaron en pos de sí, sin contar con las fincas rústicas y urbanas, que quedaron abandonadas y yermas, como se ven todavia en los restos de los lugares desiertos. Desde entónces data la decadencia y pobreza de España. En estos dos ejemplos históricos, fueron las victimas los españoles, acomodados y ricos, por el fanatismo político y religioso, fomentados por las arterias y amaños de manos extranjeras. Por el fanatismo político, fueron victimas los españoles de Méjico en el siglo diez y nueve; y por el religioso, los moriscos y judíos españoles en el reinado del austriaco Felipe 3º.

El Coronel Vázquez, regresó de su ranchería á Veracruz. Fué á verme á mi casa, acompañado del coronel Portilla y de un compadre suyo, Jarocho, hombre de poder y nombradía de las inmediaciones de su hacienda. Me dijo, que veia enredadada la pita, y que los ánimos se iban exaltando contra los españoles, que vivian pacíficamente en la república. Que la culpa de todo la tenia el enviado de los Estados Unidos, porque habia formado ciertas *cofradías* secretas, metiendo en ella á los incautos mejicanos, y que de esto prevehia la ruina del pueblo mejicano. Que habia tenido varias conferencias con algunos prohombres y honrados hijos del país, para ver de atajar con tiempo el torrente de males, y que todos ellos los veian inevitables, y que la idea de la discordia estaba encima. Que el plan de los anglo-americanos era conocido. Espulsar de territorio mejicano, la inmensa riqueza de los españoles, empobrecer á la nacion, y en seguida hacerse dueños ellos del País.

«¿I V. qué piensa hacer, me preguntó Vázquez?» «Aguantar el chubasco cuanto pueda; arreglar, si puedo mis negocios, realizar algo, emigrar, por la sola razon de haber nacido en España.» «Eso lo veremos mas adelante y despacio, que la cosa dá tiempo todabia,» me repuso el Coronel.

«Vengo, para llevarme á Sanabria á mi ranchería por ocho ó quince dias.» «Tan pronto no puede ser, Vázquez, porque Sanabria no tiene vestimenta de ranchero, y es preciso que se presente en el país, con trage de tal, y no hecho un adefesio, con blusa y pantalones á la Europea, que seria la irri-

sion de todos los rancheros, mas siendo un caballisia de los llanos de Apure.» «Tiene vd. razon. Todavia permaneceré ocho dias en Veracruz. Yo le regalo el trage completo y en este momento es preciso que venga conmigo á casa del mejor sastre, de los que visten á los Jarochos y se tomará la medida y escogeremos la mejor tela en casa de un comerciante amigo mio.» Se despidieron y Sanabria se fué con ellos.

A los cuatro dias estuvieron hechos unos calzones bombachos, como los que usan los Jarochos cruos, como los llaman á los mas fanfarrones. Un chaleco de seda, su faja de seda, una chaqueta de paño con mucha botonadura de plata y unas polainas de gamuza de venado curtido. Sombrero blanco de fieltro, exactamente como los picadores de toro, le tenia regalado por el mismo Vázquez en Alvarado.

Probó la vestimenta, y le venia pintiparado: estaba hecho un gallardo hijo de Jerez. Se desnudó y guardó la ropa. De allí á seis dias vino Vázquez á mi casa, algo de mal humor y me dijo que venia de Medellin, donde estuvo jugando al monte, y que habia perdido cincuenta onzas, y él sospechaba que las habia perdido, con unos jugadores *Griegos*, que habian venido de Méjico y desplumado á los jugadores de Veracruz, y que los mismos se volvieron á San Agustín de las Cuevas, que estaban citados, para juego muy grueso.

Repuesto el Coronel de su mal humor, me preguntó si habian traído el trage y demas avios para Sanabria. y le respondí que si y aun probado y que le iba perfetamente. Fui al arca, donde Sanabria los tenia guardados, y los estubo examinando muy detenidamente. «Sólo *Pancho*, es capaz de hacer estos vestidos,» me dijo Vázquez con admiración, hablando de su sastre. «Estoy impaciente de verlo vestido á Sanabria,» y me preguntó dónde estaba. «Le dije que en casa de Troncoso y que al instante volveria. «Fuimos á uno de los balcones de la Casa de Vergara, á contemplar las vistas, que eran hermosas, pues se divisaban, como tocando con la mano, la Isla de los sacrificios, el castillo de San Juan de Ulúa, el mar y todo un horizonte, el muelle y la esplanada que habia frente de mi casa. «Admirables vistas tiene esta casa, me dijo Vázquez, y me añadió: «veo venir á Sanabria,» como en efecto era asi.

Subió Sanabria á la habitacion en que estabamos, y saludó al coronel cortesmente, y se dieron y estrecharon las ma-

nos. El coronel Vázquez rogó á Sanabria que se vistiera el trage nuevo que le habia hecho su sastre Pancho. Se retiró Sanabria á su cuarto y vistió en un todo de Jarocho, calándose su sombrero blanco de picador, y vino á la sala. El trage le caia divinamente, estaba hecho un completo Ranchero, con aquella gallarda figura que tenia. El coronel Vázquez, estaba estasiado y loco de contento. «Estás hecho, le dijo á Sanabria, lo que se llama en la tierra un real mozo, sólo te falta el machete y una buena manta Jerezana.» «Lo que es la última prenda, se la puedo prestar, y verdadera manta de Jerez, que la compré antes de salir de España emigrado, que es superior á los pobres zarapes que usan ustedes en tierra caliente.» Fui á la alcoba y le saqué la famosa manta Jerezana, que estaba limpia é intacta, como si se acabara de sacar de la tienda, apesar de los viajes que habia hecho, y cárceles donde habia rodado. Se la puse al hombro á Sanabria, y la manta le realzó mucho. El coronel, le hizo dar dos bueltas en la Sala grande en que estábamos, y cada vez estaba mas admirado de contemplar aquella hermosa y colosal figura.

Al fin, dijo el coronel: «póngase listo para mañana: al medio dia saldremos para la hacienda; y media hora antes traerá á vd. mi criado el caballo enjaezado, que será muy hermoso.»

El siguiente dia, nos colocamos en el balcon, y á las once vimos venir al asistente de Vázquez, montado en un arrogante caballo, que Sanabria lo colocó en el Portalon. A las doce y cuarto vino tambien Vázquez, Portilla, varios rancheros y los asistentes, todos montados en buenos caballos. Bajé á la Calle y despues de saludar al coronel Vázquez y Portilla, Sanabria salió montado del portal en su hermoso caballo, que tenia fuegos. Me despedí de todos y echaron á andar.

Yo me hallaba ocupado en los enredos de los pleitos con abogados, escribanos, y procuradores, haciendo muy mala sangre y gastando mucho dinero. La casa de Terán de Méjico me acosaba y estrechaba lo que no es imaginable y pronto tenia que volver al Tribunal de (Méjico) Jalapa.

Fui á visitar á mis buenos amigos, los honrados alemanes, que ya se habian trasladado de Alvarado y establecido en Veracruz, y alquilado una buena casa. Me quedé á comer con

ellos. A los postres me dijeron que tenia la casa un pesar muy grande, que los traia desazonados. «¿Pues qué ocurre?» les pregunté yo. «Que nos vamos á quedar sin guarda almacén, porque el que nos enviaron de Alemania, se quiere volver á su tierra por no gustarle nada el país y teme morir del vómito, como han muerto varios compatriotas suyos en Alvarado y Veracruz. Se marcha de aquí, dentro de quince dias á un mes á Nueva Orleans ó New York, y en los Estados Unidos se embarcará para Inglaterra ó Francia.»

«Ya sabe vd. que un guarda almacén en esta tierra, es empleo de pura confianza por las riquezas que encerramos en ellos, motivo porque trajimos este hombre honrado de Alemania, y por mas que se le han hecho reflexiones y aumentar la dotacion, se ha aferrado en volver á su patria, y que por todo el dinero del mundo no se quedaria aquí, por lo mucho que quiere á su mujer é hijos, que muriéndose él quedan en la indigencia.»

«Sabría vd. por casualidad de algun español, á quien pudiéramos confiar los almacenes?» «Español, no conozco ninguno, pero un zambo de costa firme, que es la honradez personificada, si. Este es mi ayuda, no criado, Remigio Sanabria de quien salgo fiador.» «¿Quién? me preguntaron ellos, aquel mulato gigante que hemos visto en su almacén de vinos de Alvarado?» «El mismo, que ha sido nada menos que Teniente de Caballería del ejército español en Costa firme,» y les contó su historia y el modo y manera como vino á mi servicio y la consideracion con que le trataba. «¿Porque quiere V. desacerse de él.» «Porque no lo necesito, ni puedo sostenerlo, porque los pleitos y la guerra que me ha declarado mi primo, me han arruinado; y últimamente, porque antes de medio año todos los españoles tenemos que abandonar el país, nos van á espulsar nuestros hijos los mejicanos.» «Deseche V, semejantes ideas, son pura cabilosidad.» «Sea como fuere, me es imposible sostenerle en mi compañía, aunque con sentimiento se lo digo á Ustedes. Todavía no se lo he dicho á él, y temo á darle ese golpe, por lo mucho que me quiere.»

«Antes de salir de la república quiero dejarle bien colocado, en alguna casa de comercio, ó en el ejército mejicano, con el mismo empleo que desempeñó en su país, bajo las órdenes del general Moraly. Con media palabra que hable el coronel Vázquez, íntimo amigo del presidente Victoria y de

Guerrero, lo consigo al instante, pero prefiero que se coloque en su casa de ustedes.» «¿Sabe escribir?» me preguntaron. «Perfectamente y contar y estudió Teología para ser fraile. Habla regularmente el inglés, que lo aprendió en Jamaica, y aprenderá muy pronto el alemán, estando en compañía de ustedes. Tiene mucho talento y es dulce y manso como un cordero; es una alaja que les transmito á ustedes.» «Pues corriente. ¿Cuándo le podremos ver y hablar con él?» «Antes de ayer se lo llevó á su Hacienda, el coronel Vázquez por ocho ó quince dias, porque está chocho con él. Es gran caballista, y va á ser la admiracion de todos los jarocho, en lanzar las bolas á los toros.»

«¿Y cuánto le parece á vd. que le asignemos mensualmente?» «La mitad de lo que le dan ustedes al actual Guarda Almacén, hasta que lo experimenten ustedes y conozcan á fondo su mérito.» «Pues se le dará un duro diario, la mesa, cama y ropa limpia. Comerá con los dependientes del escritorio.»

Quedamos conformes y que luego que regresase Sanabria se lo presentaria.

A los quince dias apareció en Veracruz, acompañado de Vázquez. Dejó su caballo en la cuadra de los Coroneles y vino solo á mi casa. Le pregunté qué tal le habia ido y si se habia divertido mucho, y me contestó, que en aquellos quince dias siempre estuvo de funcion, de caza y lanzando toros. Le pregunté qué tal le habian parecido los Jarocho, y me respondió, que era muy buena gente, y que en cuanto á caballistas, eran superiores los llaneros de su tierra, que no sabian lanzar las bolas, y en cuanto á lanzar los toros, sólo echar el lazo, cuando las reses estaban apiñadas. Que sus caballos, eran pencos y eran superiores los de las Pampas de Buenos Aires, y los de los llanos de Apure.

El Coronel vino luego á verme, y Sanabria se marchó á la Ciudad y quedamos solos. Venia loco de contento de Remigio, diciendo que yo tenia razon, que Remigio era un perfecto caballista, cual no habia conocido igual. Que las bolas las manejaba con suma habilidad, y que los toros á la carrera los enlazaba, cosa que les dejó parados á los jarocho; porque era por la primera vez que vieron aquel sistema de los Llaneros de Costa firme. Se lamentaba de ver á un hombre de tanto valor inutilizado (*sic*) y pobre. «No es tan pobre, como á V. se le figura, le digo á Vázquez, tiene sus cuartos ahorra